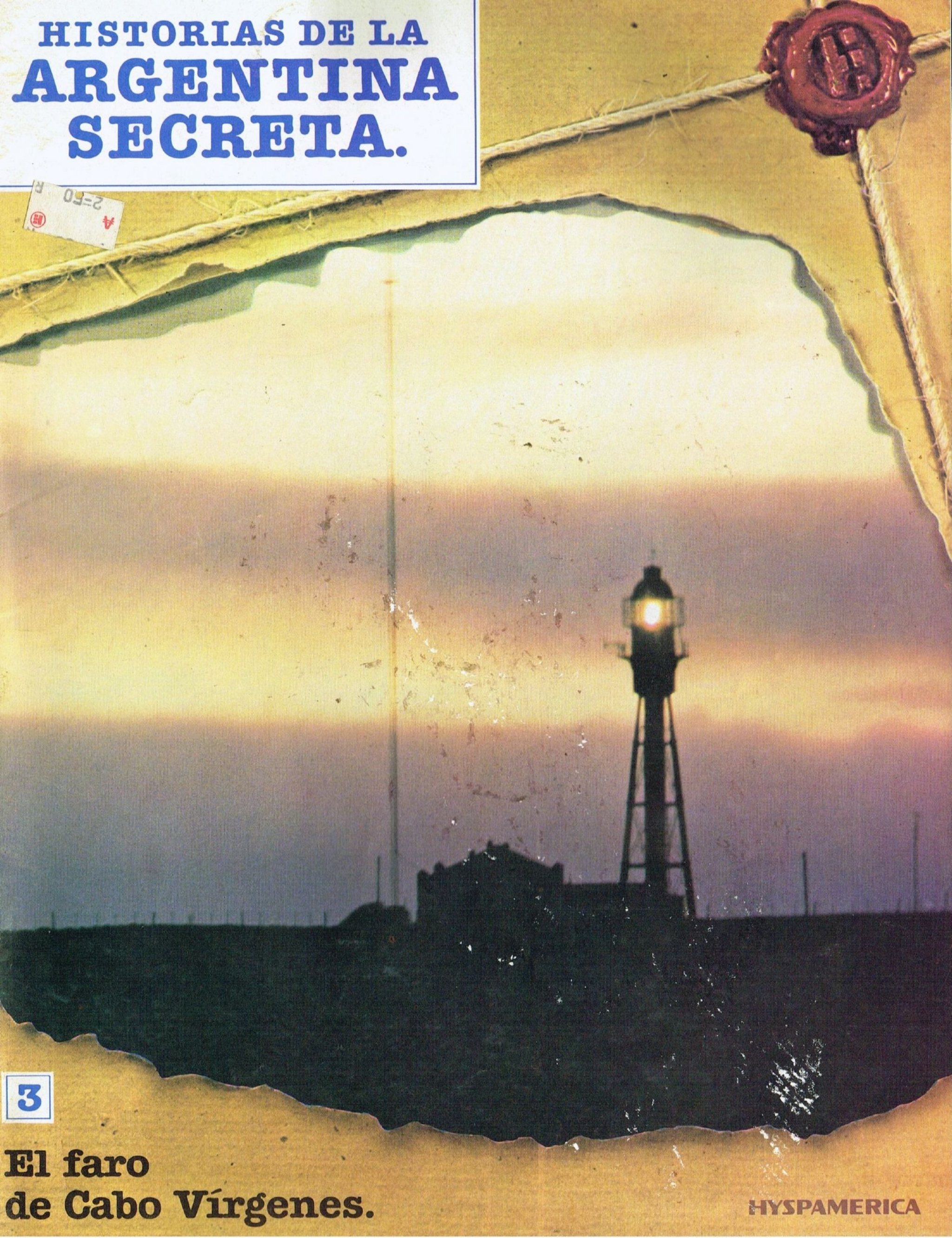


HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

3

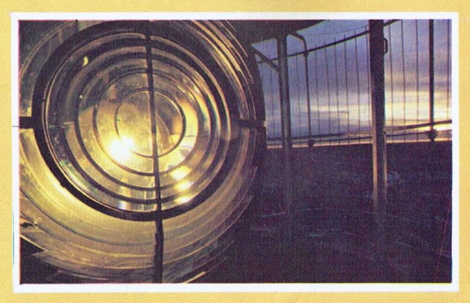
El faro de Cabo Vírgenes.

HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS,** amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Las tapas para encuadernar el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar: *Al faro de Cabo Vírgenes (o a Punta Dúngenes, donde está emplazado) se llega únicamente a través de la ruta nacional número 3, al sur de Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz. Por tratarse de dependencias de la Armada Argentina, se recomienda solicitar autorización antes de emprender el viaje.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Coordinadora de viajes:
Susana Tenreiro.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Jefe de diagramación:
Víctor Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso
Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Fotograbados Francograf S.A.
Combate de los Pozos 650, Buenos Aires
Tel. 38-5323/0285

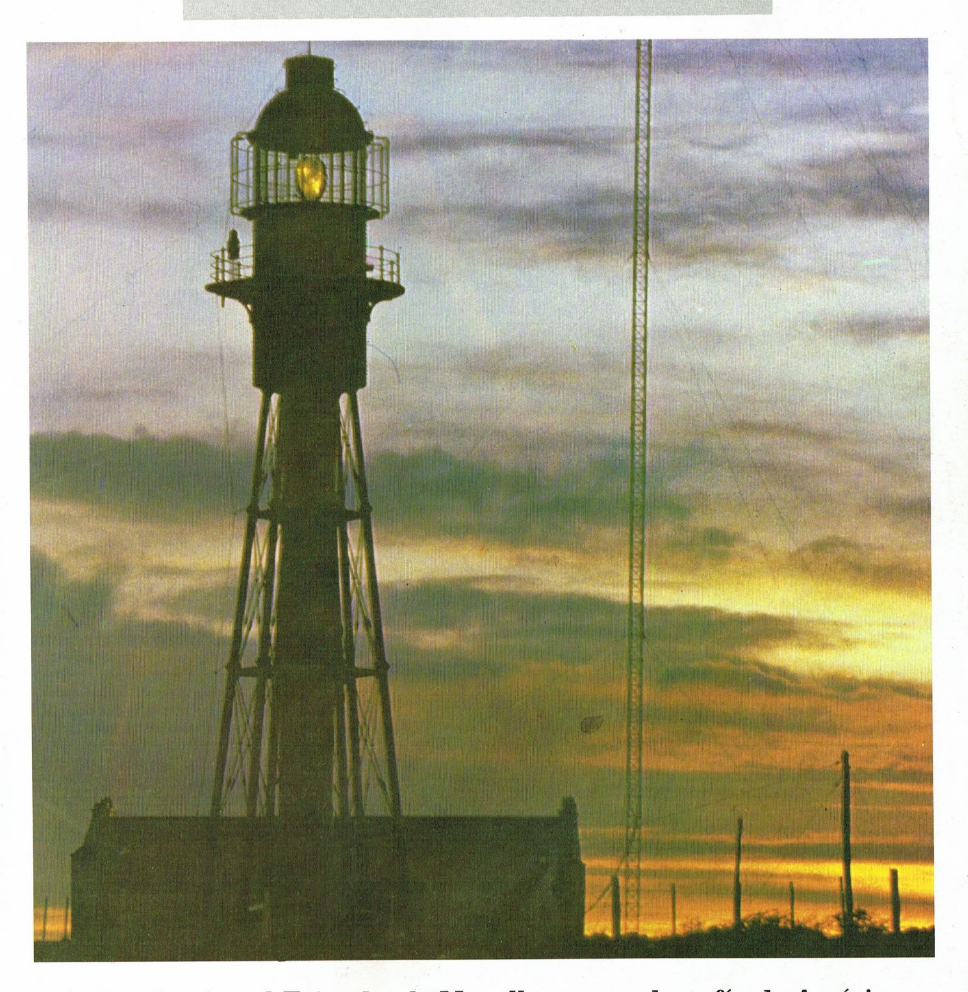
Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

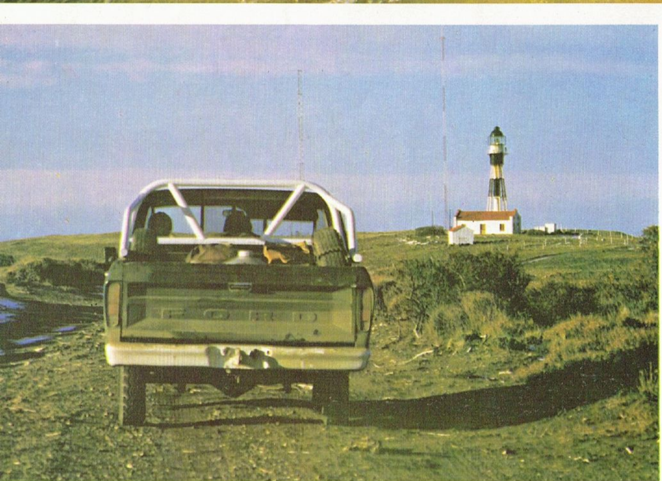
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

El faro de Cabo Vírgenes.

3



Su luz domina el Estrecho de Magallanes, en el confín de América. Lo habitan dos vigías solitarios. Cerca vive un ermitaño buscador de oro. Perdura en la región el misterio de dos ciudades desaparecidas hace cuatro siglos.



La desolación del lugar hace más acogedora la vida en la torre. De sus moradores depende la seguridad de la navegación en esos peligrosos mares australes. Su atenta vigilancia no decae nunca. El oficio de estos hombres se valora en épocas de tormentas.

El lugar es de una sobrecogedora belleza. Todo es inmensidad, soledad, silencio. Silencio que no logra traspasar el bramido esporádico del viento. Ni el rugir de las olas al estrellarse contra las rocas. El mar y la vastedad oceánica de la meseta patagónica se enfrentan en un marco imponente. Altos acantilados caen a pique sobre las playas cubiertas de canto rodado. El horizonte no tiene límites. Es imposible sustraerse a la majestuosidad de este paisaje omnipresente. La airosa silueta del faro se recorta contra el cielo como un vigía mudo, inmóvil. Y en medio de tanta soledad algunas vidas... pocas, pero plenas de significado.

Cabo Vírgenes está ubicado en el vértice austral de América. Allí donde el continente se sumerge en el Estrecho de Magallanes antes de emerger nuevamente en la región insular. En esta comarca de viento y misterio viven el «torrero» (guardafaros) y sus acompañantes. También un singular ermitaño que busca afanosamente oro en las costas. En esas mismas playas existe una de las pocas pingüineras del país, que aumenta su población

en los meses de verano. No lejos de allí, en aguas chilenas, las moles de las plataformas petroleras marcan otro de los signos vitales de la región, aunque sean también portadoras del letal peligro de la contaminación.

La zona guarda asimismo, celosamente, el estremecedor recuerdo de dos ciudades perdidas. Irremediablemente sepultadas en el tiempo. Dos ciudades fantasmas que han logrado eludir hasta ahora la tenaz búsqueda de los arqueólogos y permanecen bajo tierra desde hace casi cuatrocientos años. ¿Cuántos secretos? ¿Cuántos gritos de dolor y angustia? ¿Cuántas grandezas y miserias quedaron para siempre ocultas en esos asentamientos humanos desaparecidos sin dejar rastro alguno?

Los vigías solitarios.

Bernardo Chávez es un hombre joven, portador de una experiencia que suele agregar horas sin tiempo: la soledad. El es el encargado de esta dotación del faro de Cabo Vírgenes. Sus días deben respetar una rutina de trabajo que se mantiene invariable desde hace



«Nuestro objetivo es la ayuda al navegante».

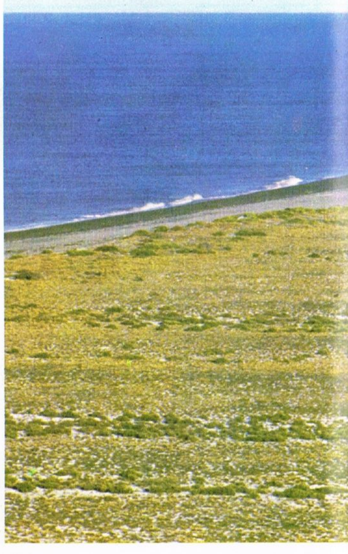
Danilo Panissi, cabo primero del Servicio Hidrográfico de la Armada, es radio operador y tiene 28 años. Desde 1983 se desempeña como «torrero» en el faro de Cabo Vírgenes. Lo que sigue es una síntesis de su testimonio:

«Mi meta desde chico fue venir a la Patagonia. En un principio llegué a Río Gallegos desde mi Mendoza natal. Luego me destinaron al faro de Cabo Vírgenes. Gracias a Dios logré mi meta de radicarme en la Patagonia. Tengo familia y vivienda en la zona. Venimos aquí cada siete días, y volvemos al pueblo a visitar a las familias. La Patagonia necesita gente que se dedique a ella. Lamentablemente está muy olvidada, tanto en la parte humana como material. El costo de vida es muy alto, y se requiere mucha fortaleza y espíritu de lucha para sobrevivir. De todas maneras, creo que ya no podría vivir en otra región del país. Uno se encariña con el sur. Con esta forma de vivir que resulta tan dura para el que recién llega...

Nuestra rutina básica consiste en encender y apagar el faro. Esto se hace manualmente mediante una llave interruptora que está alimentada por nuestro generador.

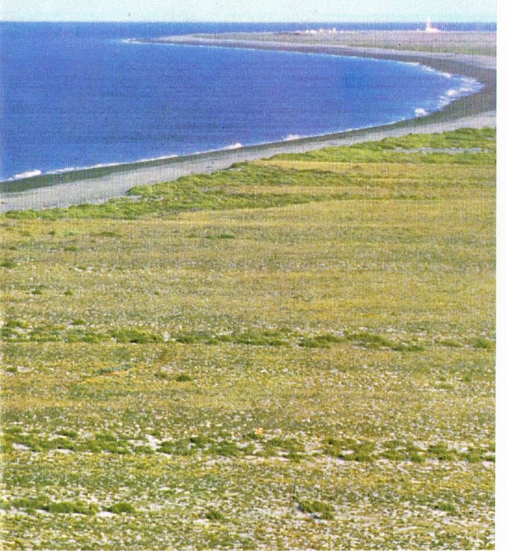
La otra tarea importante es la meteorológica. Cumplimos tres turnos de radio. Sacamos los informes meteorológicos. Tenemos termómetros, termógrafo, anemómetro, y en la parte observación, un microbarógrafo. En el libro de guardia quedan asentados los datos. Finalmente, la tercera parte de nuestra labor es la comunicación. Tenemos dos equipos BLU que utilizamos para enviar los partes de meteorología y la comunicación con Buenos Aires.

La especialidad nuestra consiste básicamente en la ayuda al navegante. Algo que cumplimos con cualquier barco que pase por el estrecho o por nuestro mar argentino, y nos pida información meteorológica. Sea de la bandera que sea. Nosotros pretendemos brindar los datos más completos para que pueda navegar tranquilo».





Entre otras tareas, los «torreros» brindan información meteorológica para facilitar la navegación por el Estrecho.





En el extremo continental del país el gasoducto transporta una riqueza que hasta no hace mucho se disipaba en el aire. Técnicos de Gas del Estado visitan Cabo Vírgenes para mantener el flujo.

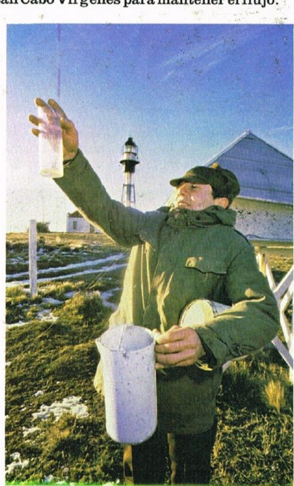
años: prender y apagar el faro. Asegurar su correcto funcionamiento. Realizar mediciones meteorológicas y dar cuenta de ellas al Servicio Nacional de Hidrografía Naval, organismo al que pertenece.

Mientras trepa con agilidad las empinadas escaleras en forma de caracol que llevan hasta la «cabeza» del faro, Chávez observa todo con minuciosidad. Como si cada detalle de ese mundo secreto le perteneciera. Al llegar a la cúspide, se detiene a observar el paisaje con el acostumbramiento que dan los años.

El recién llegado, en cambio, quedará literalmente fascinado frente a esa sorprendente escenografía que se pierde en las distantes costas del Estrecho de Magallanes. Resulta casi imposible sustraerse a la tentación de asomarse también, imaginariamente, a un horizonte poblado por leyendas. Historias de piratas, de ciudades sepultadas, y ermitaños que aún sobreviven como buscadores de esquivas pepitas de oro. Fabular que aún pueblan el aire los gritos de los habitantes de En Nombre de Jesús –ciudad fundada hace cuatrocientos años por Sarmiento de Gamboa–, que murieron de hambre luego de crueles padecimientos. Podrían sospecharse todavía las aterradoras carcajadas del único sobreviviente que encontró el pirata inglés Andrew Merick, cuando en 1590 atracó en este confín del mundo. Y fue también el hambre la causa del exterminio de los vecinos de la otra población existente en aquellos tiempos: Ciudad del Real Felipe.

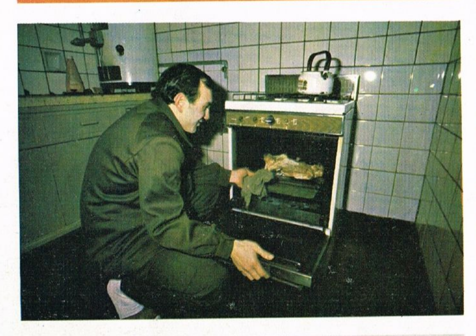
Pero Bernardo Chávez parece estar muy lejos de estas fantasías. Tiene en realidad mucho que hacer en su refugio de Cabo Vírgenes. Incluso –lo admite– debe servir eventualmente de anfitrión a más de un viajero que al pasar por el lugar quiere saber qué es un faro, para qué sirve. Y Chávez, con paciencia de orfebre, desgrana una vez más los humildes secretos de su profesión, de su raro oficio de farero. Oficio que guarda tantas satisfacciones como penurias, las cuales, sin embargo, no parecen inquietar a este hombre acostumbrado al mutismo y la soledad proverbiales del hombre patagónico.

En la patriada lo acompaña su compañero Danilo Panissi que entre otras

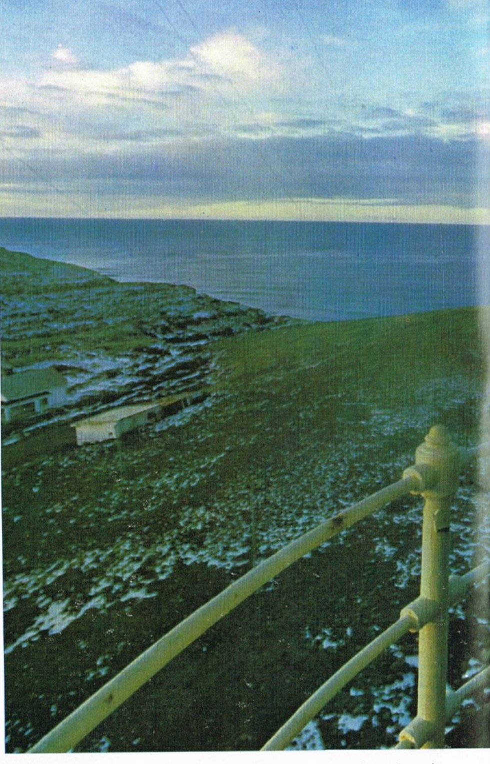


Todos los días el farero realiza detalladas observaciones meteorológicas, desafiando el frío, la nieve y los vientos de la zona.

Este oficio singular modela personalidades muy particulares, preparadas para la soledad y la introspección.







Una videocasetera, abundante colección de programas y afición por la comida, atemperan las horas de soledad y aislamiento.



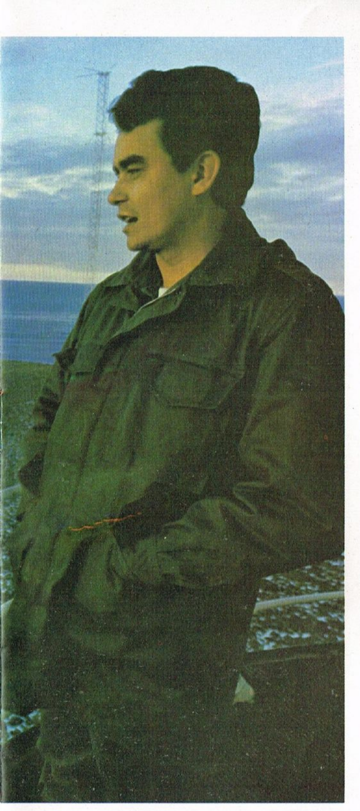
tareas es radio operador. Nexo entre el mundo del norte y este pequeño triángulo de la Argentina que se llama Cabo Vírgenes. Un territorio que, al atardecer, comienza a poblarse de brumas y silencios. Tantos silencios como aquellos que nosotros debemos guardar ante preguntas sin respuesta: ¿cómo integrarnos con esta inmensa y generosa geografía?

Lo cierto es que en noches de tormenta, cuando el Atlántico Sur hace sentir el poder de sus fuerzas desatadas, más de un capitán habrá avistado la luz del faro que comanda Chávez con el mismo alivio con que el jefe de una caravana avizora un oasis en el medio del desierto.

Cabo Vírgenes está a 130 kilómetros al sur de Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz. Sus costas están bañadas por el Estrecho de Magallanes y, al este, por el Atlántico. Para llegar hasta el lugar hay que atravesar por la ruta 526 la estancia británica El Cóndor, la planta de Gas del Estado de Cerro Redondo y otra estancia llamada Monte Dinero. La zona, además de los destacamentos de Prefectura y de la dotación farera, tiene muy pocos habitantes. Esta desolación se ve quebrada por una multitudinaria presencia: la de los pingüinos de la especie *papúa*.

Una pingüinera en ascenso.

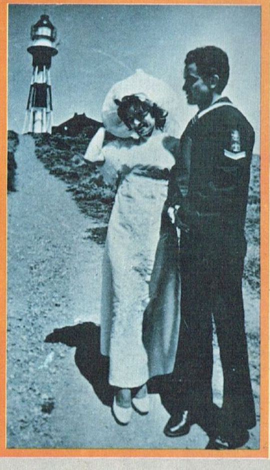
Cuando amanece en el Estrecho de Magallanes las costas de Cabo Vírgenes se pueblan de estos simpáticos animales. Los machos salen a pescar mientras sus compañeras, en la cercana pingüinera, atienden los nidos y empollan al abrigo de la vegetación. La colonia que arriba al Estrecho de Magallanes desde la Antártida emigra con el solo propósito de esperar el nacimiento de sus polluelos.



Los pingüinos son monógamos a ultranza. Y como buenos padres de familia reservan para sí la responsabilidad de la pesca, la alimentación de la futura madre y la protección de su grupo familiar.
Los que se acercan a las costas argentinas son de la especie *papúa* y alcanzan una talla máxima de 75 centímetros. Al igual que sus parientes próximos –los pingüinos «emperadores» que pesan hasta 40 kilos y anidan en la Antártida– todos son excelentes nadadores. No pocos naturalistas sostienen que los pingüinos constituyen una perfecta transición entre los peces y los pájaros.
Su dieta habitual consiste en ingerir pequeños pulpos y camarones. En el sur, donde permanecen durante el invierno, devoran cantidades asombrosas de krill, que también constituye la comida habitual de las ballenas.
En las proximidades de Cabo Vírge-

«Yo me casé en el faro».

Bernardo Chávez es cabo principal del Servicio de Hidrografía Naval. A los 33 años se desempeña como guardafaros en Cabo Vírgenes. Su historia, por cierto, está íntimamente ligada a ese lugar.
«Yo me casé aquí* –dice con emoción–. *Contraje matrimonio aquí mismo, en el faro. Estuvimos un tiempo acá, y después fui a otro destino más al norte. Pero conmigo ocurrió lo que dicen los sureños: aquel que prueba el calafate siempre vuelve. Y aquí estoy... Volví y me quedé. Tuvimos un chico en Buenos Aires y otro en Río Gallegos. En épocas de vacaciones viene la familia, que vive en Río Gallegos, y estamos todos juntos aquí. Eso ocurre, claro, durante las vacaciones porque mis chicos van al colegio. Entonces la vida cambia bastante. A mí me gusta compartir esto con mi esposa y mis chicos. Pero al final uno se acostumbra a la soledad. Se la puede soportar bastante bien.
Con respecto a este lugar, cuenta la leyenda que tomó el nombre a partir de la primitiva denominación que le impusiera don Hernando de Magallanes – Cabo de las Once Mil Vírgenes –, el 21 de octubre de 1550.
A nosotros nos llamaban antiguamente guardafaros, pero en la jerga actual se nos denomina "torreros". Nuestra tarea engloba a la meteorología y el balizamiento. En cambio la imagen del guardafaros antiguo está asociada a un viejito con pipa, en un faro situado en una isla desierta».



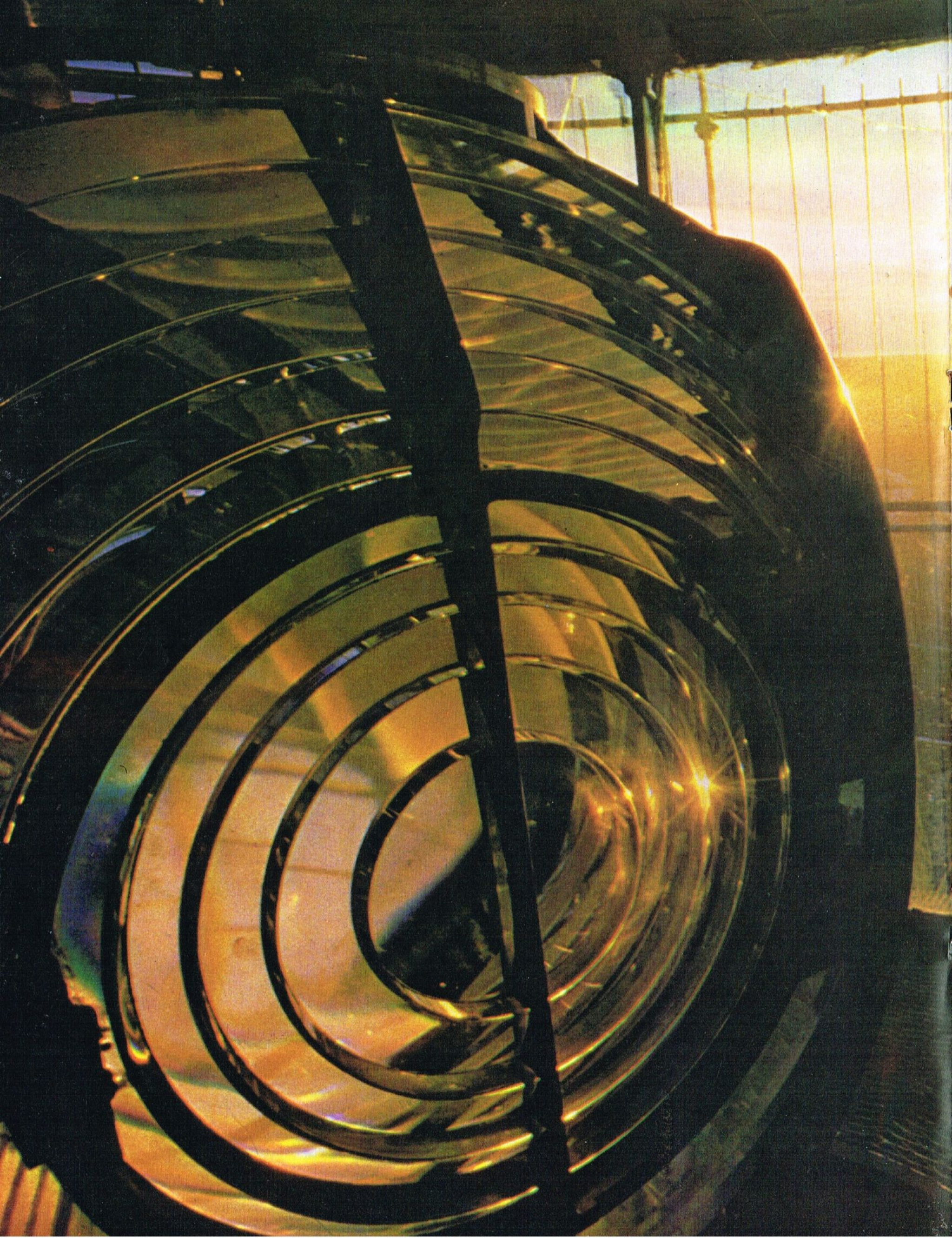
BERNARDO CHAVEZ y ELENA ERRIGO

Participan a Ud. su enlace que se efectuará el día 24 del cte. mes a las 12.30 hs. en el Faro Cabo Vírgenes.

Serán padrinos de la ceremonia:

V. E. Sr. Gobernador de la Pcia. de Santa Cruz,
Com. (R) Ulderico A. Carnaghi
y Sra. Miren Begoña F. de Carnaghi
Roberto González y Marta Salazar de Caro

Cabo Vírgenes (Pcia. Santa Cruz), Noviembre 1976.



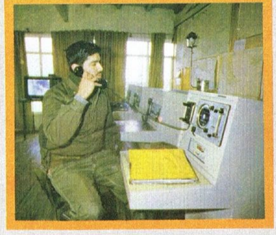


El guardafaros, hoy:

De la pipa y el ron al anemómetro.

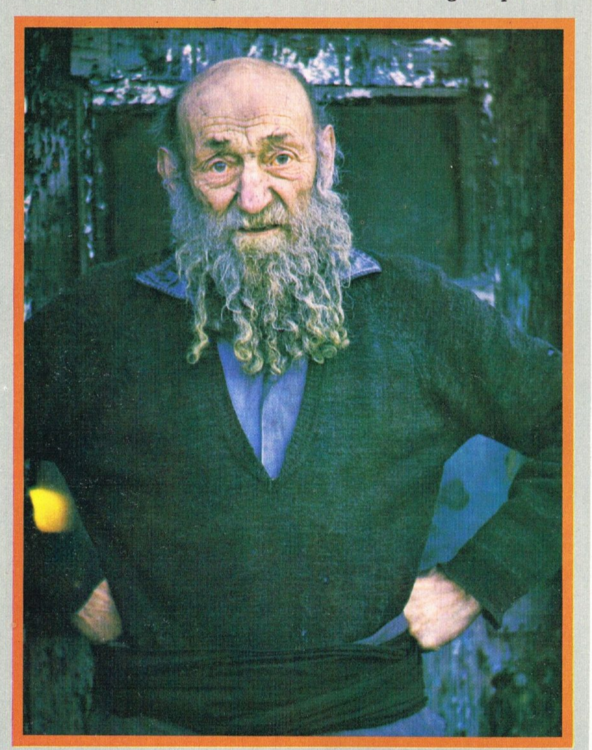
En las fantasías de todos los chicos del mundo, los faros siempre estuvieron asociados con la idea de aventura. Con historias de piratas, islas desiertas y naufragios. Con vidas azarosas, solitarias, novelescas. Aquellos faros de los sueños infantiles estaban habitados por viejos de pobladas barbas, con una infaltable pipa de tabaco fuerte en los labios, y la botella de ron a mano. Personas que soportaban con entereza la soledad, el frío, los vientos y las tempestades que azotaban en forma permanente esos lugares imaginarios.

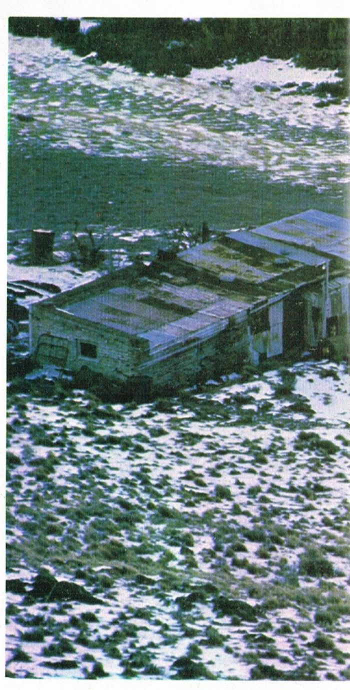
Hoy, los faros sólo conservan de aquéllos su estructura en forma de torre y su función de auxilio al navegante. Pero en el interior todo ha cambiado. El instrumental de que disponen los «torreros» es moderno, y están comunicados con el mundo a través de equipos de radio y sofisticados enlaces electrónicos. Sus moradores tampoco guardan mucha relación con aquellos personajes de la pipa y el ron. Son hombres generalmente jóvenes y de preparación muy profesional. Su vida, a pesar de transcurrir también en soledad, es mucho más activa que la de sus antecesores. A las habituales tareas de apagar y prender rutinariamente el faro, deben atender las de meteorología y balizamiento, y también el radiofaro, los receptores de fotos satelitarias, el telediscado y el télex.



El enigmático Conrado Asselbord.

Según cuenta Danilo Panissi, el ermitaño desembarcó en las costas de la Patagonia luego del naufragio del buque en que navegaba, mientras hacía el servicio militar como infante de marina, hace más de cuarenta años.
En años posteriores, Asselbord habría trabajado como agente al servicio de la policía provincial custodiando tribus indígenas que poblaban algunas reservas de la región. Años más tarde, el buscador de oro se casó con una indígena, quien habría muerto en un accidente carretero cerca de Río Gallegos. Una cruz recuerda el lugar donde fue enterrada. Asselbord se recluyó entonces en Cabo Vírgenes, y se dedicó a juntar las pepitas de oro que quedan en la playa, luego del reflujo de cada marea, actividad que alterna con la caza esporádica de alguna liebre patagónica.
«Es un experto en temas mineros* –asegura Panissi–. *Los geólogos que han venido en representación de empresas interesadas en explotar los minerales de esta región se han sorprendido de sus conocimientos las pocas veces en que Asselbord les dirigió la palabra».

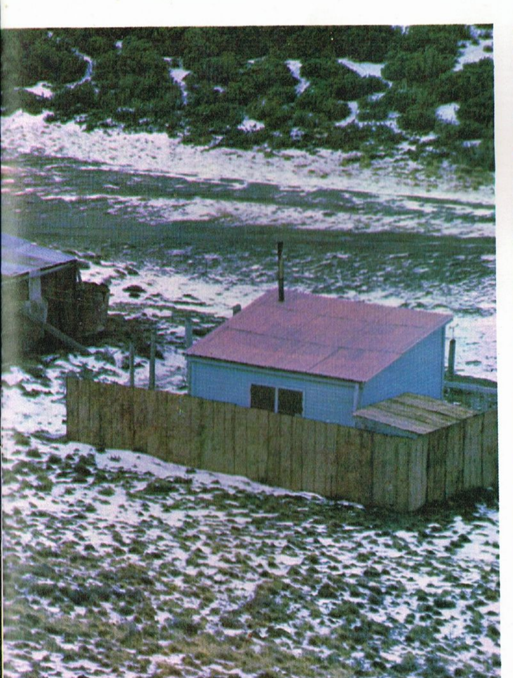




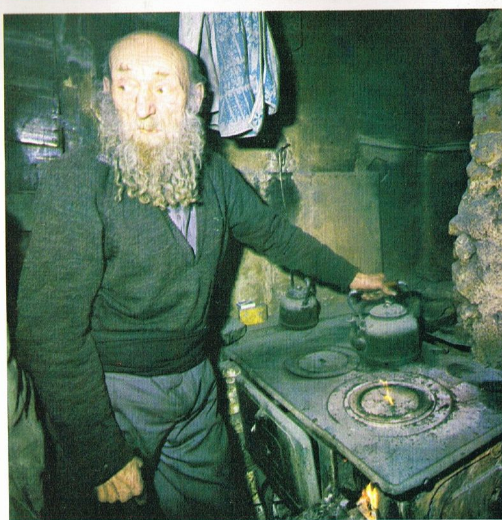
nes, esta pingüinera se mantiene aislada de la presencia del hombre por la simple razón, claro, de que pocos son los que se aventuran hasta aquí. En la zona no existen hoteles ni comodidades habituales para turistas. Ni siquiera hay un lugar donde se puedan adquirir alimentos o pernoctar. Por este motivo, entonces, los pingüinos aumentan aquí su número cada vez más, mientras suele disminuir su población en otras pingüineras situadas más al norte.

El ermitaño.

Ajeno por completo a las andanzas de turistas y pingüinos, Conrado Asselbord sobrevive gracias a otras riquezas del mar: las esquivas pepitas de oro aluvional que las olas descargan sobre la arena y que el viejo trasiega en una monótona, solitaria búsqueda. Enemigo de los periodistas, de cualquier gesto que viole su hermética intimidad, pocas son las referencias que se tienen de su persona. Que es entrerriano, que habita en una casucha de chapas y remiendos de cartón al pie del acantilado desde hace más de cua-



No lejos del faro tienen lugar otras historias. La de un ermitaño que busca oro es la más sorprendente.



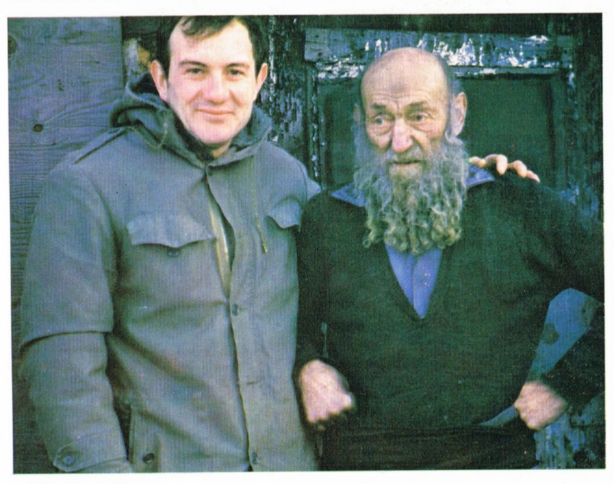
tro décadas. Que su actividad se desarrolla sin testigos.

Quienes han tenido alguna vez la oportunidad de hablar con Asselbord se asombran de su aspecto nórdico y de su manera de fumar un cigarrillo tras otro, que arma velozmente con tabaco de pésimo aroma. La choza del buscador de oro, forrada con diarios viejos, no aporta demasiadas pistas sobre el pasado de su habitante. Algunos sostienen que naufragó en estas costas y no se atrevió a salir de aquí. Otros, más fantasiosos, argumentaron historias de amor, de esplendores superados, de viejas aventuras náuticas por los puertos del mundo.

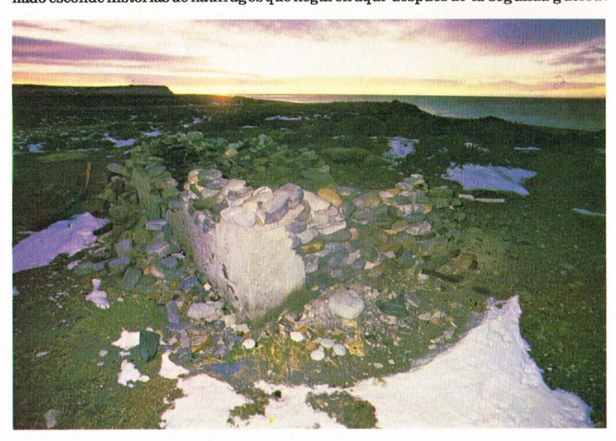
Lo cierto es que, indiferente a la curiosidad que despierta, Conrado Asselbord realiza diariamente largas caminatas junto al mar. Munido de una escopeta –con la cual logra de vez en cuando dar caza a una que otra liebre patagónica–, afronta sus propios pensamientos y practica el mutismo, la introspección.

«*¡Déjenme solo!* –reclama–. *Déjenme hacer mi vida. ¡Váyanse!*», exige. Y entonces el sonido del mar vuelve a poblar los silencios de este hombre.

La vivienda del ermitaño está forrada con recortes de diarios y revistas. El hombre la construyó hace muchos años y el tiempo, el humo y el tabaco barnizaron sus paredes. Allí va el farero Danilo Panissi. Junto con el viejo hilvanan historias de mar.



Tierra de leyendas, enigmas y fantasmas, la zona de Cabo Vírgenes fue asentamiento de dos remotas ciudades españolas, ahora sepultadas por el tiempo. El cementerio abandonado esconde historias de náufragos que llegaron aquí después de la segunda guerra.



El mismo murmullo sordo que respeta desde hace cuatro décadas su intimidad. Vestido con su infaltable gorra ovejera y una raída chaqueta de cuero, el anciano ostenta el raro privilegio de ser el habitante más austral del continente.

El último poblador de una costa que, hace cuatrocientos años, vivió rumores menos apacibles: los producidos por colonos españoles que, no lejos del sitio donde este hombre solitario caza su diario sustento, no lograron sobrevivir a la escasez de alimentos. Al hambre que diezmó a sus familias y terminó por acorralarlos contra el mar implacable. De ese primer intento poblacional sólo queda el recuerdo de un paisaje arisco, que tal vez algún día devuelva los restos de dos ciudades y de un puerto de profético nombre: «Puerto Hambre».

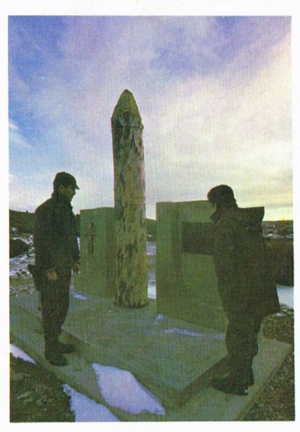
La calma de este lugar, sus lánguidos atardeceres, la presencia inmutable del faro y la obstinada resistencia del viejo buscador de oro que se resiste a contar su vida, constituyen sólo el

preámbulo de otra historia sorprendente por su carga emocional y dramática: la de dos ciudades misteriosamente desaparecidas.

En Nombre de Jesús y Ciudad del Real Felipe.

En febrero de 1584 Sarmiento de Gamboa fundó la ciudad de En Nombre de Jesús. En marzo de ese mismo año, a unos 20 kilómetros de distancia hacia el oeste, los españoles fundaron otra población a la que denominaron Ciudad del Real Felipe. Ambas estaban rodeadas de fuertes empalizadas. Los testimonios de la época cuentan que la habitaban marineros, soldados, frailes, maestras y niños. Y que no faltaban artesanos y barberos.
Los pobladores de ambos asentamientos quedaron a la espera del regreso de Gamboa, quien les prometió más ayuda desde España. Pero el marino fue tomado prisionero por piratas ingleses en las proximidades de las islas Azores, en pleno océano Atlántico.
Los ochocientos habitantes que poblaban este territorio fueron entonces aniquilados por las enfermedades, el hambre, la locura. Todos murieron en un lapso que no superó los seis años.
Tanta fue la mala suerte de los pobladores de En Nombre de Jesús, que naufragó a poco de partir una embarcación con alimentos que el propio Sarmiento de Gamboa había logrado despachar desde la prisión inglesa. Y cuando éste recuperó su libertad, no consiguió que los reyes de España accedieran a sus ruegos y enviaran auxilio a los colonos por él radicados.
Allá en el sur, mientras tanto, las penurias acosaban a los desesperados españoles. La *Trinidad*, embarcación con que los peregrinos efectuaron la travesía, quedó destruida por las mareas. Los vecinos de las ciudades, librados a su propia suerte, no pudieron sobreponerse a la falta de alimentos. La zona les proveía de abundante agua –ya que está regada por varios manantiales que aún hoy se conservan generosos– pero ni la caza ni la

Un monumento del lado chileno y otro en territorio argentino quedan como únicos testimonios de las dos ciudades.



El faro de arriba abajo.

El faro fue inaugurado el 15 de abril de 1904. La altura de la torre es de 26 metros. El plano focal está a 23 metros. Su altura sobre el nivel del mar es de 65 metros. En su inauguración contó con un aparato alimentado a kerosene, cuyo alcance era de 22 millas náuticas. En 1930 el equipo original fue sustituido por uno más moderno, a gas de acetileno, con un alcance de 30 millas náuticas, equivalentes a 55 kilómetros aproximadamente. En julio de 1977 se instaló por fin el actual equipo electrónico, con lámparas de 1.000 watios y 110 voltios, con un alcance de 30 millas. Se enciende media hora antes de la puesta del sol, y se apaga media hora después de su salida.



pesca alcanzaron para permitirles aplacar el hambre y sobrevivir.

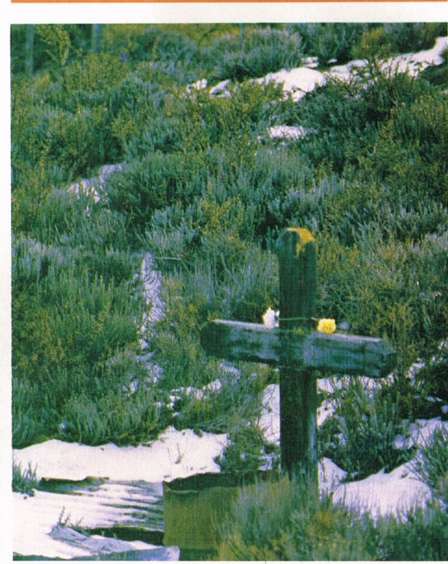
Un enigmático cementerio.

Las sorpresas que puede deparar este desolado lugar continúan. No lejos del muelle construido para reparar el gasoducto que desde Tierra del Fuego lleva fluido hacia los consumidores del norte, se encuentra un enigmático cementerio. Un grupo de sencillas cruces señala la última morada de náufragos sepultados allí en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. No existen registros de este singular cementerio, ni tampoco un listado de los cuerpos que aquí yacen. La tradición oral señala que el capitán de un buque alemán y su hija están en una de las dos tumbas que presentan inscripciones en gótico.

También, se dice, yacen aquí un hombre que murió de soledad, y otro que se suicidó al no soportar los sufri-



Una geografía llena de encantos es el marco de historias reales, crónicas ficticias y personajes de leyenda.



Estas cruces señalan la sepultura de los náufragos. Dos de ellas, con inscripciones en caracteres góticos, indicarían el lugar donde están los restos del capitán de un buque alemán y su hija.

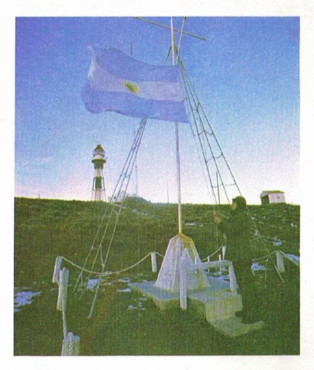
mientos causados por una penosa enfermedad. Amén de estas historias, siniestras algunas, dolorosas y crueles otras, lo cierto es que el entorno señala un territorio de innegable belleza natural. No lejos del alambrado que traza el límite entre los chilenos y los argentinos, a escasa distancia de donde surgen los manantiales en los que abrevaron los primitivos habitantes de En Nombre de Jesús, una cruz gigantesca, en territorio chileno, marca el sitio exacto donde se erigió la Ciudad del Real Felipe.

Ya en territorio argentino, un sencillo monumento señala la zona donde se presume pudo haber sido emplazada En Nombre de Jesús. De ella poco es lo que ha quedado. Se cree que la mayoría de las pertenencias de los sobrevivientes está sepultada y que prolijas excavaciones arqueológicas podrían determinar usos y costumbres de aquellos pobladores del extremo austral de la América espa-



Un buscador de oro es el único habitante arraigado en Cabo Vírgenes. Los fareros se renuevan todos los años. En la zona no hay asentamientos permanentes.

La bandera argentina es símbolo de pertenencia y familiaridad. El faro brinda un servicio valorizado por timoneles argentinos y de buques de otros países. El servicio está a cargo de personal especialmente capacitado por la Armada nacional.



ñola. Surgirían entonces historias de la vida cotidiana en aquellas incipientes aldeas, que nunca llegaron a convertirse en asentamientos permanentes y que, de alguna manera, dieron pie a leyendas y mitos que justificaría más tarde Darwin con su fatídica definición. Debieron pasar siglos para que la Patagonia dejara de ser «la tierra maldita».

La presencia hispánica, contra las expectativas de los colonizadores, jamás se concretó. Recién en 1876, cuando Gregorio Ibáñez encontró oro mientras buscaba agua, la zona comenzó a tener un auge inusitado. Una fiebre del oro que, como suele acontecer, convocó a nuevos aventureros, cazadores de fortunas.

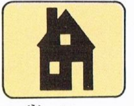
La historia más reciente señala que en 1886 se fundó el destacamento de Prefectura que hoy se ocupa de inspeccionar los hitos fronterizos y prestar ayuda a los navegantes. En 1888, cuando el oro se tornó cada vez más esquivo, Teófilo de Loqui realizó el trazado de un pueblo que contabilizó una decena de viviendas y contados comercios. Culminaba así un sueño de grandeza que comenzó con el avance imperial de los españoles y continuó en el siglo pasado, cuando un buque francés naufragó al norte de Cabo Vírgenes y 350 personas que concurrieron a auxiliarlo desde la ciudad chilena de Punta Arenas encontraron oro durante el rescate de su cargamento.

Hoy, lejos de aquellos años de ambición, de aquellas aventuras preñadas de tragedia, los Bernardo Chávez son una realidad menos romántica pero mucho más concreta de trabajo y rutina. Existencias que aguardan el despertar patagónico de su largo sueño de aletargada soledad.

Puede ser entonces que el faro de Cabo Vírgenes le haga un guiño a tantas malas pasadas del destino y augure por fin con su luz, sobre las aguas del Estrecho de Magallanes, horas verdaderamente fecundas para la región.

JUJUY: la calidad de vida.

La familia: el núcleo familiar medio está compuesto por cinco personas.

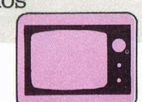


La vivienda: el 71 por ciento de la población vive en casas de material; el 15 por ciento en viviendas precarias y el 10 por ciento en viviendas rancho.
Un 2 por ciento lo hace en piezas de inquilinato.

Analfabetismo: el 13,20 por ciento de la población es analfabeta.

Los médicos: existe uno por cada cien habitantes.
Jujuy se ubica en el vigesimoprimer lugar en el país tomando como base el número de hogares con necesidades insatisfechas.

Teléfonos, diarios, radios y canales de televisión.





Jujuy es la provincia con menor densidad telefónica.

La red más extendida es la radial de la Policía Provincial.

Televisión: Canal 7, con cuatro repetidoras. En la ciudad capital existe además un canal de circuito cerrado.
Existe una antena satelitaria del Plan Soberanía en La Quiaca.

Radios: son cuatro: Nacional de La Quiaca, Nacional de San Salvador de Jujuy, Libertador General San Martín y San Salvador.

Diarios: El Tribuno, matutino, formato tabloide.
Pregón, matutino, formato sábana.

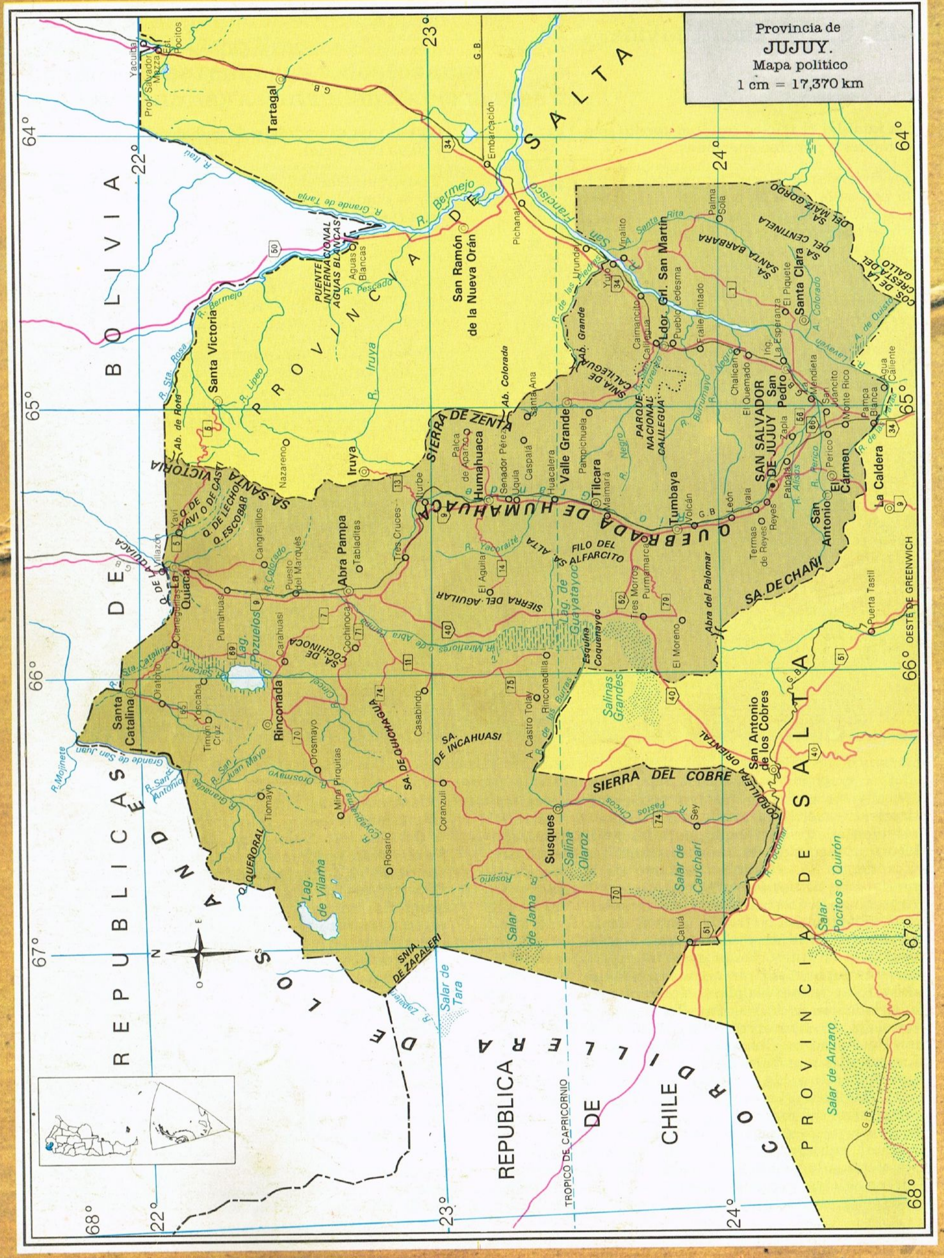
Caminos, trenes, vehículos.

Red caminera: 3.368 kilómetros.
Red ferroviaria: 490 kilómetros.
Número de automotores: 33.898 (en 1984).
Número de habitantes por automotor: 16,00 (en 1980).

La Quebrada de Humahuaca en su dimensión planetaria.

EN LA CIMA DEL MUNDO. ▶

Un angosto corredor que por tramos no supera los doscientos metros de ancho, cercado por altos cordones montañosos que llegan hasta los 4.000 metros de altura y recorrido en toda su extensión por el río Grande, se ha constituido en uno de los máximos motivos de atracción turística y arqueológica de la Argentina: la Quebrada de Humahuaca.
Está ubicada en la franja central de la fotografía satelitaria que abarca también una amplia zona de la provincia de Jujuy. En la parte inferior, observando con una lupa se podrán advertir, cerca de las costas del río, las primitivas plantaciones que corresponden a las localidades de Volcán y Tumbaya. Siguiendo la línea del río, aparecerán encantadores pueblitos como Purmamarca, Tilcara y Humahuaca.
Las grandes montañas ubicadas en la parte superior corresponden a Abra Pampa y Tres Cruces y tienen picos que llegan hasta los 5.000 metros de altura sobre el nivel del mar.
La zona rojiza corresponde al denominado cordón oriental, cubierto por una exótica vegetación correspondiente a la nuboselva o selva tucumano oranense que no es otra cosa que la continuación de la típica vegetación tropical que, desde Venezuela, atraviesa toda América del Sur para terminar en Tucumán.
El margen izquierdo, más claro, pertenece a la meseta del altiplano o, más comúnmente, la puna jujeña.
Se observan nítidamente la laguna Guayatayoc y el sector de las denominadas Salinas Grandes.
Recorrer esa zona implica tomar contacto con una geografía, un pueblo y un ámbito que evocan épocas preincaicas. Era el camino obligado de los incas. Posteriormente lo fue de los conquistadores españoles y hoy sigue siendo el vínculo más transitable hacia Bolivia y Perú, a través del paso fronterizo de La Quiaca.
Otro dato importante de la zona fotografiada: el Trópico de Capricornio pasa exactamente por el centro de la laguna Guayatayoc y un poco más al norte de la localidad de Tilcara. Otro dato: desde Purmamarca, ascendiendo hacia los 4.200 metros de altura del altiplano, en dirección a Chile saldrá el camino hacia el Paso de Jama. Un proyecto vial y ferroviario que vinculará el océano Atlántico con el Pacífico, desde el puerto de Santos, en Brasil, hasta el de Antofagasta, en Chile. El plan está en etapa de estudio.
La fotografía fue tomada desde el satélite Landsat en septiembre de 1984 y procesada en el mes de diciembre de 1985.



Provincia de
JUJUY.
Mapa político
1 cm = 17,370 km
BOLIVIA
REPUBLICAS DE LOS ANDES
REPUBLICA DE CHILE
CORDILLERA DE LOS ANDES
PROVINCIA DE SALTA
SAN SALVADOR DE JUJUY
La Quiaca
Abra Pampa
Humahuaca
Tilcara
Tumbaya
Susques
Rinconada
Santa Catalina
San Pedro
Ldor. Grl. San Martín
Santa Clara
El Carmen
San Antonio
La Caldera
Valle Grande
Cochinoca
Yavi
Tartagal
Santa Victoria
Iruya
San Ramón de la Nueva Orán
San Antonio de los Cobres
QUEBRADA DE HUMAHUACA
SIERRA DE ZENTA
SIERRA DEL COBRE
SIERRA DEL AGUILAR
Salinas Grandes
Lag. de Pozuelos
Lag. de Vilama
Salar de Cauchari
Salina Olaroz
Salar de Jama
TROPICO DE CAPRICORNIO
OESTE DE GREENWICH